

sus parientes á Venecia,
rica y libre, cual la precia
el Marqués de Mari-Alba.
Ya nuestra historia sabéis;
á qué vine á Madrigal
y á qué voy á Portugal,
indagadlo si podéis.
Ni sabréis de mí otra cosa,
ni nadie más de mí sabe.
Sólo Dios tiene la llave
del corazón de Espinosa;
y si más de lo que digo
saber importa á la ley,
llevadme á Madrid; el Rey
me conoce, don Rodrigo.

DON RODRIGO

(Su altivez en confusión
me pone, y su majestad
me asombra. ¿Sera verdad
lo de la resurrección?
Si miente, lo hace con tal
aplomo y con tanta fe,
que á poco más le daré
por el Rey de Portugal.
Mas no ha de quedar por mí:
yo he de apurar este arcano;
no dirán que de un villano
impostor juguete fui.)

(Llama D. Rodrigo y habla en secreto con un alguacil,
que se vuelve á marchar.)

GABRIEL

(¿Secretos con el ministro
de justicia? Estoy al cabo:
tenemos careo: alabo,
por sorprendente, el registro.)

ESCENA VII

DON RODRIGO, GABRIEL y EL MARQUÉS DE TAVIRA
Gabriel se aparta á un lado, y, sentándose, se mantiene
en toda esta escena dando la espalda al Marqués.

DON RODRIGO

Señor Marqués, perdonad
si cumpliendo obligaciones
de juez....

EL MARQUÉS

Vuestras atenciones

os agradezco, en verdad;
pero advertid que mañana
quiero dejar á Castilla,
y que el mesón de una villa
no es el lugar, Santillana,
que me conviene; os prevengo
que hombre soy muy principal,
y de todo Portugal
la sangre más limpia tengo.

GABRIEL

(Aparte.)

Si mi mente no delira,
¡por Dios, que está en mi presencia
la hinchada magnificencia
del buen Marqués de Tavira!

DON RODRIGO

No os he de faltar en nada;
mas quiero que me digáis
sin doblez, cuanto sepáis
de aquella fatal jornada
de Africa: corre el rumor
por ahí de que no es cierto
que don Sebastián ha muerto;
y aun hay algún impostor
que usurpa su augusto nombre.

GABRIEL

(Mirándole.)

(Y el gesto y el ademán.
¡Pobre rey don Sebastián
si en manos cae de ese hombre!)

DON RODRIGO

Conque decid, ¿es verdad
que en África el Rey murió?
Que allá estuvisteis sé yo
con toda seguridad.
Hablad: Marqués de Tavira,
vuestra nobleza es notoria;
no echéis en su ejecutoria
el borrón de una mentira.

EL MARQUÉS

Inexperto capitán,
de mi edad en el vigor,
esclavo fué mi valor
de mi rey don Sebastián.
Juntos un mismo bajel

á tierras del africano
nos llevó; como un hermano
al combate fui con él.
Un mar de sangre corrió:
pero al partirse la suerte,
sólo el baldón y la muerte
á nosotros nos tocó.

GABRIEL

(No sé por qué la memoria
de ese lance me entenece
y me irrita: no parece
sino que cuentan mi historia.)

EL MARQUÉS

El Rey, que escudo y celada
tiró para más grandeza
de valor, en la cabeza
recibió una cuchillada
tal, que la frente serena
le rajó hasta la nariz.

DON RODRIGO

(Á Gabriel.)

¡No es mala esa cicatriz!

GABRIEL

¡La cuchillada fué buena!

(Al Marqués.)

Seguid.

EL MARQUÉS

El Rey, nuevo Marte
de tan sangrienta jornada,
continuó, rota la espada,
defendiendo su estandarte,
hasta que el filo fatal
de un yatagán africano,
segó de su izquierda mano
dos dedos.

DON RODRIGO

(Á Gabriel.)

Si no oí mal,
me habéis dicho....

GABRIEL

(Con calma y sin volverse.)

Que perdí
dos dedos en un combate
naval.

DON RODRIGO

Marqués, el remate
de la batalla.

EL MARQUÉS

Caí

bajo un hachazo á los pies
de mi Rey.... y no vi más;
perdí el sentido

DON RODRIGO

Quizás

al recobrarle después....

EL MARQUÉS

Ya no le hallé: con la luna
tomé del mar el camino,
maltratado peregrino,
caballero sin fortuna,
llevando en el corazón
el recuerdo de una hazaña
que será, no para España,
para su Rey, un baldón.

DON RODRIGO

¡Señor Marqués de Tavira,
esa frase infamatoria....

EL MARQUÉS

No tendrá mi ejecutoria
el borrón de una mentira.

DON RODRIGO

Conque, en fin, ¿el Rey murió?

EL MARQUÉS

No lo sé, ¡por vida mía!
Si lo supiera, os diría,
señor Alcalde, que no.

DON RODRIGO

(Al Marqués, llevándole aparte.)

¿Buena memoria tenéis?

EL MARQUÉS

Buena.

DON RODRIGO

¿Y vista?

EL MARQUÉS
Perspicaz.

DON RODRIGO
Si vive y le veis, ¿capaz
de conocerle seréis?

EL MARQUÉS
¡Si vive habéis dicho!

DON RODRIGO
Sí.

EL MARQUÉS
¿Tenéis, pues, noticias de él?

DON RODRIGO
¿Recibisteis un papel
anónimo?

EL MARQUÉS
Recibí
uno ayer.

DON RODRIGO
¿Y qué os decía?

EL MARQUÉS
Las señas de un personaje
me daban, que iba de viaje
y aquí á hospedarse vendría:
mandábanme á un comerciante
que me daría dinero
para pagar del viajero
el gasto, y que en el instante
fuera á cobrarlo y corriera
con el pago, y tras el tal
viajero hacia Portugal
la vuelta sin falta diera.

DON RODRIGO
¿Y cobrasteis?

EL MARQUÉS
Sí cobré.

DON RODRIGO
¿Y pagasteis?

EL MARQUÉS
Pues ¿cobrado
por mí, no fuera pagado?

DON RODRIGO
Perdonad: ¿é iréis?

EL MARQUÉS
Iré.

DON RODRIGO
Luego ¿sabéis de quién es
el anónimo?

EL MARQUÉS
Aunque no
lo sé, jamás me engañó
en uno.

DON RODRIGO
¿Os ha escrito, pues,
otros?

EL MARQUÉS
Varios.

DON RODRIGO
Sobre asuntos.....

EL MARQUÉS
Secretos.

DON RODRIGO
Mas ¿ciertos?

EL MARQUÉS
Sí.
Siempre que salieron vi
ciertos en todos sus puntos.

GABRIEL
(Aparte.)
¡Con famosos servidores
cuenta el rey don Sebastián!
¡Pobres reyes! ¡Siempre dan
con tontos ó con traidores!

EL MARQUÉS
Si he concluído, no es cosa
de estarme aquí sin provecho.

DON RODRIGO
Perdonadme que aun insista;
mas ya que memoria y vista
tenéis, de ese hombre en acecho
estad, y del Rey en nombre
os mando decir, Marqués,
si le conocéis, quién es.

GABRIEL
(Aparte.)
Santillana es todo un hombre.

EL MARQUÉS
(Aparte.)
¿Qué diablos de juego es éste?
¡Posición más engorrosa!

DON RODRIGO
(Á Gabriel.)
Señor Gabriel Espinosa,
permitid que os manifieste
que habéis descortés andado
con el Marqués de Tavira,
que está mirándoos con ira.

GABRIEL
¿Se lo habéis vos ordenado?

DON RODRIGO
Ved que son los portugueses
quisquillosos: despedidle
al menos; vamos, decidle
cuatro palabras corteses.

GABRIEL
Voy, pues que vos lo queréis.

DON RODRIGO
(Yo apuraré la mentira.)

GABRIEL
¿Señor Marqués de Tavira?

EL MARQUÉS
¡Jesucristo!

GABRIEL
¿Qué tenéis?

EL MARQUÉS
¡Señor....., sois vos....., aun vivís!

GABRIEL
¡Si vivo! Pues ¿no lo veis?
Pero ¿qué diablos decís?

EL MARQUÉS
¡Ese gesto, ese ademán,
esa voz, ese semblante
que no olvidé ni un instante!
¡Es el rey don Sebastián!
(Cae de rodillas.)

GABRIEL
¡Imbécil! A ser de cierto
don Sebastián, ¿no reparas
que antes que me delataras
á mis pies te hubiera muerto?

EL MARQUÉS
¡Jesús!

GABRIEL
Señor Santillana,
¿que sé, daréis por supuesto,
que sois vos quien me ha dispuesto
una farsa tan villana?

DON RODRIGO
¡Yo! ¡Farsa!..... Y ¿con qué interés?

GABRIEL
Salta á los ojos: es fuerza
que ya la opinión se tuerza
del buen pueblo portugués.
Interesa á un impostor
ahorcar porque más en él
no espere, y soy yo, Gabriel,
el que os parece mejor.
Ya veis que os he comprendido.
Vos y ese hombre los traidores
sois aquí y los impostores:
con él estáis convenido.

DON RODRIGO
¡Yo!

GABRIEL
Traedme otro marqués

como ése; aunque sean doce.
Ni ese sandio me conoce,
ni es noble, ni portugués.

(Gabriel se mete desenfrenadamente en su cuarto,
dejando estupefactos al Marqués y á D. Rodrigo.)

ESCENA VIII

DON RODRIGO y EL MARQUÉS DE TAVIRA

DON RODRIGO

Ese hombre me va á volver
el juicio á mí. ¡Por mi vida,
que está buena la salida!
No me queda más que ver.
Mas me pone en confusión
su aplomo, su majestad
y su audacia..... ¿Habrá verdad
en esta resurrección?

EL MARQUÉS

Sandio dijo..... Sandio soy,
mas contenerme no pude.

DON RODRIGO

¿Es él?

EL MARQUÉS

No habrá quien lo dude.

DON RODRIGO

¿Estáis seguro?

EL MARQUÉS

Lo estoy.

DON RODRIGO

¿Engañado no os habrán
vuestro error y su apariencia?

EL MARQUÉS

No.

DON RODRIGO

¿Jurarais en conciencia.....

EL MARQUÉS

Que es el rey don Sebastián.

DON RODRIGO

(Llamando.)

El capitán Santillana.

ESCENA IX

DON RODRIGO, EL MARQUÉS y D. CÉSAR

DON RODRIGO

Ruégoos que me perdonéis,
señor Marqués, mas me obliga
mi deber á hacer que el viaje
suspendáis.

EL MARQUÉS

(Ya no podría
continuarle: ya le he visto,
y á verle nada más iba.)

DON RODRIGO

(Aparte á D. César.)

Escucha, César.

DON CÉSAR

Decid.

DON RODRIGO

Antes de que apunte el día
deben de partir los presos.

DON CÉSAR

¿Adónde van?

DON RODRIGO

Á Medina
del Campo.

DON CÉSAR

Pues ¿qué razones
hay?

DON RODRIGO

Dos: aquí la atrevida
audacia de algunos pocos
que mucho á Gabriel estiman,
pudiera hacer un arresto
y burlar á la justicia.

DON CÉSAR

¿Sabéis, pues.....

DON RODRIGO

Yo no sé nada.

La situación se complica
de tal modo, que no hay ciencia
ni sagacidad que sirvan
para dominarla. Doña
Ana de Austria, sobrina
del Rey y abadesa ahora
de las monjas Agustinas
de Madrigal, y otras muchas
personas como ellas dignas
de respeto, es menester
que declaren. En la villa
de Madrigal, peligroso
fuera instalarme; en Medina
hay cárcel segura, estoy
casi á la distancia misma
de aquí, que de Madrigal,
y hay algunas compañías
de arcabuceros.

DON CÉSAR

Pues ¿tantas
precauciones son precisas?

DON RODRIGO

Todas son pocas tratándose
de una cabeza proscrita,
que puede hacer la desgracia
de toda una Monarquía.
Tú le escoltarás, y luego
partirás á toda prisa
á la corte, para el Rey
con una consulta mía.
Voy á mandar las literas
traer, y estar prevenida
la escolta que has de llevar.
César, la más exquisita
vigilancia ten; con ellos
vas guardando nuestras vidas.
Adiós. Seguidme si os place,
señor Marqués de Tavira.

ESCENA X

DON CÉSAR. Despues D.^a AURORA

Don César aguarda á que se vayan D. Rodrigo y el Mar-
qués; escucha un momento á la puerta del fondo, y va á
abrir la primera de la izquierda, donde está el cuarto de
D.^a Aurora, llamándola con precaución.

DON CÉSAR

¡Aurora!..... ¡Aurora!..... Cerrarónla
en la cámara vecina,
sin duda porque no oyera
lo que en ésta sucedía.

(Entra, y vuelve á salir con D.^a Aurora.)

Venid, Aurora.

DOÑA AURORA

¿Qué pasa,
capitán, que así os obliga
á llamar?

(Don César cierra la puerta del fondo.)

¿A qué cerráis
las puertas con tanta prisa?

DON CÉSAR

¡Aurora, Aurora! Esta casa
es ya una cárcel sombría
para vosotros.

DOÑA AURORA

¡Dios mío!

¿Qué decís?

DON CÉSAR

De la justicia
en poder estáis. Gabriel,
con pertinacia inaudita,
se obstina en callar, é inútil
todo es con él. Ni le obligan
las ofertas, ni le mueven
los ruegos, ni le dominan
las amenazas. Impávido
hacia el abismo camina
con el semblante sereno
y en los labios la sonrisa,
cual si pudiera de un soplo
disipar la enfurecida
tempestad en que sin rumbo
va la nave de su vida.

DOÑA AURORA

Capitán, es inflexible:
sus acciones son siempre hijas
de una decisión resuelta
y de una convicción íntima,
y no cede.

DON CÉSAR

Pues os lleva
esa condición altiva,
hoy antes que raye el alba,
á la cárcel de Medina
bajo mi custodia.

DOÑA AURORA

¿Entonces.....

DON CÉSAR

Ya os he dicho que no había
ley ni deber que valiera
para mí lo que una mínima
insinuación vuestra. Habladle
vos, que sois su amor, su hija;
habladle y decidle: «Huyamos:
don César nos facilita
la fuga; huyamos.....», y huid,
Aurora; y ya que mi vida,
por un tenebroso arcano
que vuestro padre no explica,
está ¡ay de mí! para siempre
de la vuestra dividida,
huid; y al menos debédme
aunque pierda yo la mía.
Huid: nada hay que me espante:
seré traidor, si es preciso
la traición para salvaros.

DOÑA AURORA

Dios hará que tal mancilla
sobre vuestro honor no caiga.

(Mira por el hueco de la cerradura del cuarto
de Gabriel.)

Él va á salir..... ¡Que me asista
rogad al cielo!....., y dejadme
con él.

(Vase D. César, cerrando la puerta.)

Trae embebida

su alma en los pensamientos
de hiel que le martirizan.

(Sale Gabriel, sombrío, los brazos cruzados, sin ver á
Aurora, que se ha retirado á un lado, y habla consigo
mismo.)

ESCENA XI

DOÑA AURORA y GABRIEL

GABRIEL

A él solo, sí, desenredar le toca
la peligrosa red que se me tiende;
sólo el Rey puede descoser mi boca;
él solo: si me salva ó si me vende,
él con Dios se verá: no es cuenta mía.
Yo acepto mi fortuna, tal cual sea
la que el cielo me dé; mas vendrá un día
en que todo mortal con Dios se vea,
y en aquel día, en que de Dios espero
temblar ante el semblante soberano,
yo, de cetro en lugar, tener prefiero
una palma de mártir en la mano.

DOÑA AURORA

¿Ni una mirada para mí?

GABRIEL

Mi Aurora,
único sol que en mi sombría frente
disipa con la luz de una sonrisa
las nubes del pesar que la ennegrecen,
perdóname si en reflexiones tristes
abismado, ante ti pasé sin verte. [bia?
Mas ¿por qué el llanto tu mirada entur-
¿Por qué la agitación que te conmueve?
¿Qué te asusta, mi bien?

DOÑA AURORA

Riesgos traidores
te acechan por doquier; tal vez la muerte.
¿Y te admira, señor, de que mi llanto
copioso y triste mis mejillas riegue?

GABRIEL

Te engañas.

DOÑA AURORA

Tú, la misteriosa nube
que impenetrable tu existencia envuelve,

es fuerza que hoy ante la ley se rasgue
de un juez, terror de cuantos nobles seres
asilo hallaron, nacimiento ó nombre,
de Tajo y Miño en las riberas fértiles.

GABRIEL

¿Quién te lo ha dicho?

DOÑA AURORA

Ya lo sé.

GABRIEL

quién te lo ha dicho.

Pregunto

DOÑA AURORA

El capitán, que tiene
más de leal, de noble y generoso,
que tú de franco con quien más te quiere.

GABRIEL

¡Aurora!

DOÑA AURORA

No receles que mis labios
dejen salir palabras imprudentes,
que á impulso de un amor desatinado
compliquen más la situación presente.

GABRIEL

¿De don César, al fin, desventurada,
al fuego dió tu corazón albergue?

DOÑA AURORA

Mi corazón entero es de otro hombre,
y me son los demás indiferentes:
ni te hablara yo de él en esta hora,
que habrá de ser para los dos solemne.
Yo quiero al capitán porque tú mismo
me viniste á decir: «Aurora, quiérole»;
mas yo le quiero porque tú lo mandas,
porque quiero no más lo que tú quieres.

GABRIEL

Quiérole, Aurora, porque ya es acaso
el solo amigo que tu padre tiene.

DOÑA AURORA

¡Mi padre, sí; mi cariñoso padre!.....
¿No es este el nombre que emplear con-
en esta situación? [viene

GABRIEL

Silencio, Aurora:
que es el encanto de mi vida advierte
ese nombre feliz.

DOÑA AURORA

Pero ese nombre,
dímelo de una vez, ¿te pertenece?

GABRIEL

¿Quién te lo hizo dudar? ¿Quién te lo dijo?

DOÑA AURORA

La que á tu lado y con placer mil veces,
y acaso en busca de la paz perdida,
veló tu sueño y sorprendió inocente
tu secreto.

GABRIEL

¡Gran Dios! ¿Y nada dije
de mi vida anterior, de otros placeres,
de otros tiempos en fin?

DOÑA AURORA

Nada dijiste;
nada, señor; mas aunque dicho hubieres,
en el pecho de Aurora lo enterraras,
que en ti á sufrir como á callar aprende.

GABRIEL

¡Miserable de mí! Porque el misterio
que intentan aclarar oculto quede
siempre en mi corazón, ¿será preciso
que yo mismo la lengua me cercene?

(Gabriel escucha desde aquí, como distraído
en sombrías reflexiones.)

DOÑA AURORA

¡Padre!

GABRIEL

Explicate, Aurora.

DOÑA AURORA

Oye: al impulso
de una curiosidad impertinente
ó de otro sentimiento inexplicable
que en mí se agita y que en mi alma en-
[ciende